

# Şevket<sup>1</sup>

Cecilia Velasco

Me aseguré de haber entendido bien por lo menos la hora y el lugar: mercado cubierto, 11h00. “Junto al Teatro de la Ópera”, me había explicado la rusa. Ése era uno de los días libres, en los que ni ella ni yo teníamos que hacer visitas.

Al llegar, descubrí que no solo estaba Katarina con su bonita sonrisa, las sandalias de taco alto y la falda de vuelos, sino que se había hecho acompañar de su hermana: idénticas facciones y unos zapatos un poco más gastados. No me esforcé demasiado para entender su nombre.

Muy pronto pude darme cuenta de que las dos padecían la vieja enfermedad del hambre. Lo noté cuando entramos al mercado y de sus ojos verdes escaparon miradas de ansia. No tuve otra opción que convalidarles los exóticos dátiles –nunca en mi vida los había visto-, y aunque ellas declararon haberlos saboreado desde la niñez, tuve mis dudas, porque los devoraron con demasiado apetito. Dominaban el alemán, pero se les notaba el acento, y no pude dejar de pensar en que tendrían que haberse mostrado más agradecidas conmigo, mucho más amables, porque a fin de cuentas las estaba alimentando.

El mercado era precioso, con muchos tipos de frutos, especias, variedades de panes y de quesos, té, pescados, mariscos y hasta vinos. En un momento, creí descubrirles una cierta expresión de burla al verme ir de un lugar a otro, boquiabierta, admirándolo todo y tomando fotos de todo. Ellas me decían que en su país había exactamente tantos tipos de té como los que estábamos viendo, y que su mamá solía despertarlas cada mañana con una taza fragante de distintas variedades: frutas, flores y hasta extractos de maderas finas, pero no les creí, porque parecían provenir de una familia sin demasiadas tradiciones. Pregunté a Katarina si conocía a Dostoievsky o qué opinaba de Shostakovich, y cuando me respondió que “amaba a Dostoievsky” y que “Shostakovich lo volvía loca”, mientras abría y cerraba exageradamente los ojos de largas pestañas, pensé: “Esta ni los conoce”.

---

1 Şevket en turco.

Decidieron acompañarme. Es que como había hecho compras durante las tres últimas semanas, la maleta que había llevado conmigo estaba quedando pequeña y tenía que comprar otra. A la hermana de Katarina todo le resultaba o demasiado caro o “espectacular”, y diciéndolo se la pasó la hora y media que estuvimos allí. Se probaron toda la ropa que quisieron, se encerraban juntas en los vestidores y reían fingiendo que eran sofisticadas, pero era obvio que resultaban demasiado ruidosas. Algunas señoras que estaban en la sección de damas las miraban molestas. Para colmo, había momentos en los que no hablaban alemán sino solamente ruso. Lo que pude entender, de todos modos, fue cuando la hermana de Katarina le dijo que parecía que “esta mujer” –o sea yo- debía tener bastante dinero, a juzgar por lo poco que me importaba cuánto estaba gastando.

Al momento de pagar, una de las mujeres que habían tratado con cierto desprecio a las rusas notó que yo no dominaba el idioma, y si bien al principio trató de ayudarme con gestos, luego pensó que la estaba espiando cuando digitaba la clave de su tarjeta de crédito, y como yo no podía explicarle que no era una ladrona, empezó a gritar que me largara, en alemán y luego en inglés, para asegurarse de que la comprendiera. La cajera veía la escena pasmada, y yo sentía que me iba poniendo cada vez más roja y controlaba con dificultad mis grandes deseos de llorar. La hermana de Katarina vino en mi auxilio y no tuvo más remedio que decirle “idiota” a la mujer de la tarjeta. Hay palabra que se parecen en todos los idiomas. Luego, reveló que este tipo de robos era una práctica regular, y yo pensé para mis adentros: “Lo dice porque lo sabe”.

A pesar de que me ayudaron y hasta podría decir que me protegieron, quería salir de ellas cuanto antes, porque su compañía no me daba exactamente prestigio.

Me insinuaron si podíamos tomar juntas un refresco, pero yo sospeché que no tendrían ni un euro, y no estaba dispuesta a seguir invitándolas. Con los dátiles había sido suficiente. Y es que no me había gustado ni un poco que al salir del centro comercial me condujeran hacia una zona del parque donde había solamente hombres, varios viejos, que arrastraban las piezas en un tablero de ajedrez pintado en el piso. Katarina y su hermana miraban a los jugadores y aprobaban o desaprobaban los movimientos, pero luego me dio la impresión de que las rusas, si bien descendían de la estirpe de Kasparov, no querían analizar las tácticas de los jugadores, sino alzarse con algún hombre que las llevara de paseo y a comer.

También me di cuenta de que tenían piernas bonitas y bronceadas, que mecían, con las sandalias bailándoles en la punta de los pies, como si estuvieran a punto de dejarlas caer. Desvergonzadas. Aproveché la primera oportunidad que se presentó para marcharme. Le dije a Katarina que tenía que irme, y casi no escuché, no quise, lo que me decía sobre encontrarnos más tarde.

Cuando me quedé sola, regresé al mercado. Quería contemplar la escultura de una mujer desnuda y altiva, recostada sobre la fuente sin agua de baldosas azules. Una escultura en un mercado era para mí algo extraordinario. Desde donde vengo, se ven sobre todo perros que se meten entre las piernas de los comensales. Compré pan, una botellita de champán frío, aceitunas y camarones embebidos en aceite de oliva, y me dirigí al parque. Quería sentarme en la yerba, como había visto que tantos hacían, comer, beber y no pensar en nada más que no fueran esos momentos de libertad plena. Desde allí, echada, veía las esculturas en el techo del Teatro de la Ópera, luciendo su blancura bajo el cielo.

La tarde era calurosa y seca y me sorprendió ver que la gente se metiera en las piletas, que tenían alegorías de ángeles niños escupiendo delicadamente chorros de agua; también orinando chorros, debo decir, y ya no tan delicadamente. Me contagié del ánimo distendido y me senté en el borde, con los pies dentro.

“

Fue en ese momento  
cuando descubrí al  
vagabundo.

”

Parecía joven aún, así que debe haber bordeado los treinta, y me recordó a algún dios griego o a un profeta. Vestía andrajos y llevaba barba, como no podía ser de otro modo. El pelo caía en bucles achocolatados a los lados de su rostro varonil: una especie de Juan Bautista clamando en el desierto de Stuttgart. Metía sus manos en los tachos de basura e inspeccionaba los materiales. Cargaba una bolsa de tela, donde introducía cuidadosamente las botellas de vidrio que iba extrayendo de entre la basura. Al mismo tiempo, de rato en rato sacaba de sus bolsillos algunos papeles, y tras leerlos, hacía con ellos pelotas que arrojaba al tacho. Me acerqué. Tenía la idea de obsequiarle comida y de decirle algo que mi papá me había enseñado cuando yo era niña y les dábamos limosna a los mendigos: “Que el Señor le bendiga y le dé la paz”.

Lo seguí a hurtadillas. Me armé de valor y me detuve. Estaba frente a él, a menos de un metro, y creo que el champán que había tomado me dio arrestos. Le estiré la funda de papel que contenía el pan y la porción casi intacta de aceitunas y lo miré llena de emoción. El hombre tomó la bolsa, me contempló de modo indescifrable y cayó de rodillas, llevándose las manos y el paquete al pecho. Parecía en trance. Me quedé unos instantes como petrificada, y poco a poco fui alejándome, caminando de espaldas al mundo y de frente a él los primeros diez o quince pasos.

Hasta que volví la vista por última vez, el precioso vagabundo no había vuelto a abrir los ojos ni se había levantado.

El calor no proviene del sol, como ocurre en mi lugar de origen, donde los rayos solares caen perpendicularmente, sino que parece brotar desde el asfalto. Las piernas me temblaban aún por el encuentro, pero fui recuperándome. Como nadie me aguardaba y tenía tiempo de sobra, decidí entrar al Museo de Arte Moderno, pero antes padecí mucho, porque me costó trabajo dar con la puerta de ingreso, camuflada entre unos paneles de un chillón tono rosado.

Mis hijos me habían dicho que querían que les llevara “cosas del arte”, así que estaba muy entretenida observándolo todo en la tienda, a la entrada de las salas de exposición. Una de las ventajas de estar sola durante ese viaje fue saberme capaz, libre y lejos... tenía algo de dinero, podía comunicarme mal que bien, el verano hacía a todos más amables de lo que generalmente son, según me habían dicho, y en algunas breves conversaciones me habían tratado bien. En los trenes, los alemanes

actuaban con corrección, pues esperaban pacientemente a que otros pasajeros guardaran el equipaje. Se veían como personas discretas, secas, educadas. Unos días antes, en el vagón en el que iba a hacer una visita a uno de los muchachos, viajaba una familia de africanos. La madre cantaba al bebé que acunaba en el regazo en medio del habitual silencio, pero en los rostros se notaba una cierta alegría, como si ese ritmo y esa lengua remotas trajeran frescura a unas gentes más bien circunspectas.

Se plantó ante mí un hombre algo más joven que yo, cuya cara me resultaba remotamente familiar. Ahora que me doy cuenta, creo que se parecía a un novio que me duró menos de una noche cuando yo tenía dieciséis años, con el que había estado fascinada bailando algunas horas durante una fiesta, hasta el momento en el que cometió el atropello de besarme, porque casi me produjo arcadas sentir dentro de mi boca su enorme lengua. O tal vez tenía algo de un muchacho con el que hablé solo una vez, al salir de misa, cuando tenía trece o catorce, cuyo rostro no he olvidado. Por fortuna, las imágenes bellas están grabadas como un tatuaje en el pecho.

Mostraba una expresión audaz. Era el primer desconocido (no tan desconocido si admitimos la teoría de que podría ser la reencarnación de alguien de mi juventud) que me abordaba directamente, y no para entablar una conversación ocasional ni para responder preguntas sobre una dirección. Usó el recurso de la sorpresa, pero hasta ahora no estoy segura de si era un seductor de mujeres como yo, de quienes se sospecha que podrían ser presas fáciles, o si yo le impresioné desde que me había visto hacía cuatro horas.

Hay detalles de la conversación inicial de los que nunca estaré cien por ciento segura, por el idioma; aun así, nos dimos modos para bromear sobre mi vestido, porque él decía que lo había visto y que lo recordaba perfectamente, y yo le respondí que eso no era difícil, pues nadie olvida un vestido que lleva rojo, morado, negro, amarillo y blanco. En las primeras oraciones, ya nos dimos cuenta de un hecho importante que no sé si fue el que lo atrajo hacia mí: los dos teníamos en común

nuestra condición de extranjeros; él, en parte, porque había nacido allí, pero sus padres eran turcos ¿Era mi destino, en plena Alemania, vivir rodeada de rusas y de turcos?

Mientras contemplaba los cuadros en las distintas salas y apreciaba montajes, videos, fotos y obras de toda clase, podía disfrutar y pensar en que a Roberto, mi segundo hijo, esta o aquella le gustarían, pero tenía una sensación inquietante: dentro de menos de dos horas tendría una cita con un hombre al que, un rato antes, en la tienda, le había dicho que quería seguir con las revistas y postales.

Se disculpó por interrumpirme, muy a lo alemán, pero se había quedado allí para preguntarme si podríamos hablar y caminar un poco, y se ofreció para mostrarme la ciudad. Pensé que una propuesta de ese tipo no me pondría en una situación de riesgo y le respondí que tardaría dos horas en visitar las muestras.

Salí a las 6:40, diez minutos después de lo acordado. Aunque sabía que para los alemanes la impuntualidad es una descortesía, este hombre no era propiamente uno de ellos, así que no tenía por qué ofenderse y, además, quería hacerme esperar, como decía mi abuela que había que hacer con los hombres. Me sorprendió comprobar que se había cambiado de ropa. Se veía como si hubiera tomado un baño, y una barba incipiente, como de quien no se ha afeitado deliberadamente en los últimos dos días, lo hacía atractivo. Me mostró cuánto habían penetrado en él las costumbres locales cuando me hizo caer en cuenta de que yo estaba diez minutos tarde. Balbuceé, cosa que había estado intentando dejar de hacer.

A su lado, volví a pasar por donde el mendigo había caído en raptó místico y me pareció reconocer tiradas las aceitunas y el pan que le había convidado: una decepción, de la que me sacó la alegría de poder sostener una conversación en otro idioma, si bien una voz interior me decía que seguramente él entendía todo porque era medio turco y debía de hablar un mal alemán, como yo. Después de tal vez media hora de pasear, admirar los árboles y, otra vez, la fuente de ángeles niños que escupen u orinan agua limpiísima, y los edificios magníficos, nos preguntamos los nombres. El suyo me pareció complicado, pero esta vez me esforcé,

exactamente al revés de lo que había hecho con la rusa. Es verdad que hasta ahora no sé si entendí bien lo que me dijo: “Shefket”. Tal vez yo lo pronunciaba mal, porque él sonreía un poco.

No nos referimos a nuestro estado civil, y eso fue lo que me hizo sentir que algo estaba fuera de orden. No nos preguntamos si teníamos hijos, aunque habría sido lo lógico, ni mencionamos nada que tuviera que ver con edad, parejas y familias; en cambio, supe que él trabajaba en el primoroso mercado cubierto y que, además, practicaba gimnasia olímpica y judo. Me mostró una foto en el celular, de él haciendo acrobacias en un caballete. Le conté que trabajaba como profesora a tiempo parcial en una organización de intercambios estudiantiles y que esa era la primera vez que acompañaba a un grupo al exterior.

Se ofreció para esa misma noche llevarme en su auto a la casa de mi familia anfitriona, pero yo le hice saber que no pensaba subir en el coche de un desconocido. Insistí mucho con una idea salvadora para mí misma: yo no lo conocía. Desde luego que él no insistiría mientras yo no quisiera, acotó; y allí donde yo repetía lo de “desconocido”, él volvía con aquello de que me respetaba mucho. Poco antes de despedirnos con un fuerte estrechón de manos, señal inequívoca de lo más clásico de los modales germanos, intercambiamos nuestros números de teléfonos móviles y me dijo algo que solamente después, cuando iba en el tren, pude traducir y comprender: *“Du gefällst mir”, que según me habían explicado, implicaba un gusto superficial, de la carne y la piel. Nada profundo ni filosófico.*

Eufórica y hambrienta, saludé con Andrea, la que me hospedaba, que cosía un vestido para su hija, a la moda del siglo XIX, con volos y golas y una falda ancha y muy larga, con una tira para amarrar en la cintura.

Así habían hecho su hogar los Ulrich: no había TV, los niños no podían usar el computador (ni yo) a menos que Hauk ingresara con una clave, no sabían nada de juegos en línea ni teléfonos celulares. Pertenecían a una

iglesia con sus propios símbolos y ritos, como el del bautismo en aguas del lago cercano al minúsculo pueblo, o las ceremonias dominicales en las que era frecuente ver vídeos sobre Israel y los judíos. En esa familia se comía el pan que Andrea preparaba, unos sólidos moldes de harina integral y semillas, untado con mermeladas caseras. Habían tenido el buen gusto de guardar pasta y ensalada para mí, aderezadas con abundante crema agria y condimentos. Ya sabía los efectos devastadores de la gastronomía alemana en mi estómago simple, como había ocurrido desde el día en que llegué, pero di buena cuenta de todo. La expectativa me abría el apetito. Cuando le conté a Andrea parte de mi encuentro con Shefket, me dijo que ella había conocido a gente amable entre los turcos, pero al final me miró raro, y yo me pregunté qué estaría pensando sobre mí.

Desde luego que también había estado preguntándome qué pensarían de mí mis propios hijos, pero no había querido sufrir demasiado por amores fracasados ni por fallas morales, sino prepararme para la fiesta de integración.

Katarina y su hermana me saludaron efusivamente, pero yo debí haberles parecido errática, y es que las asociaba con mi encuentro y devaneos con un flamante desconocido, Shefket, a quien le había dicho que tal vez y solo tal vez podría volver a Stuttgart para que viéramos juntos uno de los partidos del Mundial, y aunque aún faltaban unos días, estaba ilusionada, aguardando su llamada. No comprendía lo que me estaba ocurriendo, me desconocía a mí misma en ese alborozo y esa ansia.

Para esa fiesta, me había vestido con esmero, y recibí los cumplidos que sabía que llegarían. Lo que no esperaba era que uno de los voluntarios de la organización, el más gordo y viejo de todos, me agarrara tan fuertemente de la muñeca, luego del brazo y luego de la mano para llevarme al bar por una cerveza. Mientras las horas transcurrían era peor, porque él se iba entonando más con las cervezas y su libido crecía en la misma proporción. Me mandaba besos volados, decía que siempre le habían gustado las morenas (¿yo, morena?) y muchas otras cosas que nunca había escuchado antes en alemán. Nuevamente, fue la hermana

de Katarina la que me salvó. Otra vez, la escuché decir “idiota” pero en un tono fraternal y casi respetuoso. Reconvenía a su superior para que ya no se comportara como un idiota conmigo.

A las once de la noche, Hannah, la directora del programa, me alertó de una situación, en sus palabras “en extremo delicada y riesgosa”. Había descubierto que Katarina había bailado la última media hora con uno de los nuestros, y por lo que había podido apreciar, cada vez el movimiento de sus cuerpos era más pausado y sensual. El involucrado bordeaba los diecisiete, y Katarina, por lo que nos había contado, tenía veintiséis. Me hizo ver, además, que la hermana de Katarina, cuyo nombre no me había dado la gana de aprender, estaba tomada de la mano de Nicolás, uno de nuestros más prometedores pupilos. Me les acerqué con ímpetu, y la muchacha me sonrió, como si entre las dos hubiera existido una alianza, al tiempo de hacerme notar que Peter, el viejo gordo, dormía despatarrado en una silla. Me sonrió y preguntó si me sentía más relajada. Le agradecí con la mirada.

“Solo son un chico y una chica bailando”, traté de explicarle a Hannah cuando me le acerqué, pero ella me reprochó la ingenuidad, apuntó que yo no sabía lo que era “el alma rusa”, y remató con que no era normal que dos mujeres hechas y derechas “se alzarán” con jovencitos. Se alteró aún más por la novedad de la que acababa de darse cuenta: Alfredo y Katarina ya no estaban en el salón.

Justo en ese momento me di cuenta de que titilaba un mensaje de Shefket y mi corazón latió con una fuerza brutal, pero tenía que disimular, así que decidí secundar a Hannah en su delirio de disciplina. A la final, las dos éramos las responsables de la vida y la integridad física y emocional de los nuestros. Aunque mantenía mis reparos con el proceder sugerido -me parecía horrible eso de salir con linternas en búsqueda de los fugitivos-, no dije nada en contra.

Ella se me adelantó hacia los jardines; al seguirla, vislumbré dos sombras en el corredor, y me acerqué con tino, pensando en que tal vez se trataría de los recientes enamorados, pero me equivoqué: sí era ella, pero el otro era Peter, recuperado de la borrachera de hacía un momento, pero bastante menos bonachón que al comienzo de la noche. La tenía contra la pared y había metido su gruesa pierna entre las delgadas de ella, de modo que se podía ver la gorda rodilla de hombre presionando

las extremidades de la chica. Peter hablaba un alemán claro y sonoro, con todas las “r” y fácil entender. Le decía que no olvidara ni por un momento que le debía a él el trabajo, que no le gustaba que lo trataran de idiota delante de la mujer de Sudamérica, y que si quería conservar su empleo, debía callarse la boca. Ella tenía los ojos bajos. Peter remató tomando su quijada con fuerza al tiempo que le preguntaba si había entendido. Cuando volteó la mirada y me descubrió, apenas se inmutó.

Me preguntó si yo también había comprendido, apelando al respetuoso “Frau Segura”, y se fue.

Llegué al jardín sintiéndome humillada y ofendida, y tal vez por eso me pareció ridículo que Hannah estuviera con una mano en la cintura y en la otra un índice amenazador delante de Katarina y Alfredo. La rusa se había sentado en una banca y él estaba recostado de modo que su cabeza reposaba en el regazo de ella. Inmediatamente, vino a mí el recuerdo de un paseo a una ciudad con jardines espectaculares. Mi hijo se había echado y había puesto su cabeza en mis faldas. En ese entonces, sus quince años se rendían ante mis caricias en el pelo y la frente... hasta que llegó una policía municipal para advertirnos que en aquel parque esas “posturas” estaban prohibidas. Con las diferencias del caso, aquí se imponía la misma censura y el mismo sentido de castigo.

Todos discutían a gritos. Había llegado la hermana de Katarina, muy pálida, así como Nicolás, que trataba de consolarla, pero solo podía hacer pucheros. Alfredo mostraba a gritos su buen desempeño en alemán, y pude entender cuando le reclamó a Hannah por su “mente sucia y por no entender nada”. Me pareció paradójico que Peter nos hubiera preguntado a su subalterna y a mí si habíamos entendido y que también, pero en otro sentido, nuestro alumno se refiriera a la incapacidad para comprender. Mi celular volvió a vibrar en el bolsillo. Se trataba del segundo mensaje de Shefket en la misma noche.

Mi colega les reprochaba a las hermanas que no estaba bien andar provocando a unos jóvenes, y ellas le contestaron que lo inadecuado era, justamente, que la profesora llevara siempre vestidos tan escotados.

Hannah me miró implorante y rabiosa buscando mi apoyo, así que actué lo más diplomáticamente que pude para aplacar los ánimos sin dejar de reprender a los alumnos y de poner en duda, con mucha delicadeza, “la actitud de las chicas rusas”. Cuando se dirigían hacia el autobús que las aguardaba, la hermana de Katarina me dijo en voz muy baja, para que pudiera escucharla, que yo también era una idiota. Fue la tercera vez que la escuché pronunciar la palabra, y tuve que admitir que siempre le había asistido la razón al usarla.

No volvimos a verlas. Peter retornó a su actitud correcta cuando los grupos de intercambio coincidían en alguna actividad. Sin cervezas, era un sujeto apático, correcto, práctico: un hipócrita profesional.

La curiosidad ilimitada frente al mundo europeo y la avidez por conocerlo y recorrerlo todo contribuyeron a que nuestros alumnos se olvidaran rápidamente de las rusas. Cuando recordaba el incidente, Hannah, casada con un compatriota mío y quien había dejado Alemania veinte años atrás, se refería a la existencia de parias y muertos de hambre “también en Europa”, dispuestos a lo que fuere con tal de obtener trabajo. “¿Qué crees que no harían las rusas por un empleo?”, me decía. Nunca le conté la escena en la que el gigante Peter mostró cuánta razón tenía.

Con Shefket habíamos quedado en vernos el día del encuentro entre Alemania y Argentina, y ese día resultó uno de los más calurosos del verano. Cuando ingresé al tren, sentí que entraba en un horno.

Cuarenta minutos después, mis ojos y mi vientre sintieron un fuerte remezón al verlo llegar. Nuestra ropa, nuestro modo de caminar y un cierto desenfado inexplicable parecían proclamar a los cuatro vientos que los dos, pero sobre todo yo, aún éramos jóvenes. Mi exmarido, con el que estuve casada hasta que todo estalló, siempre vestía trajes y corbata, y durante el último tiempo había encanecido. A ratos era como si los diez años que él me llevaba se hubieran repartido entre los dos.

Shefket me condujo hacia el café bar donde veríamos el partido y, al hacerlo, tuvo gestos como decir mi nombre a propósito de todo o

poner su mano en mi espalda para que cruzáramos la calle. En mitad de un encuentro pésimo para la Argentina y no tan malo para Alemania, mi acompañante salió para entregarle dinero a un amigo suyo y recoger un auto, por lo que entendí. El tiempo que me dejó sola lo ocupé pensando en acusarlo de descortés, mafioso, casado, gigoló o terrorista, pero volvió antes de que yo acabara de decidirme. Cuando se sentó frente a mí, noté un poquito de sudor en su rostro, que a toda velocidad se estaba convirtiendo en un rostro querido, y sentí el impulso de secarlo con el pañuelo que cargaba en mi bolso. Estuve a punto de tocarlo, pero estremecida me contuve.

Le saqué una foto para la que posó con una mirada que me había cegado.

Argentina perdió. Los tipos del bar tampoco estaban demasiado entusiasmados con el equipo local. Pagamos a mitades la cuenta, como si fuéramos alemanes, y salimos. Shefket me explicó que la única manera de ir hacia el castillo era en su auto. Para ese momento, todavía me causaba desasosiego estar trabando algo raro con un auténtico extraño, pero acepté. Fue explicándome que le gustaban todos los géneros de música, cultivaba deportes, no bebía alcohol, estaba solo desde hacía tiempo, tenía una hermana de mi edad, (ya sabíamos que le llevaba cinco años), dos sobrinas, una madre, y un padre muerto hace años. Estudiaba no sé qué en algún instituto y no practicaba ninguna religión, aunque toda su familia era musulmana.

“¿Tan perfecto?”, inquirí, y él rio.

Me hizo ver que en la mochila cargaba dos botellas de agua y dos manzanas, y yo pensé que nos veíamos como una pareja. Deambulamos por los alrededores del palacio largo rato, recorrimos los senderos llenos de tulipanes, rosas y olor a lavanda, subimos y bajamos por los alrededores, e iba explicándome tanto como yo podía entender. Hice fotos del castillo y de los jardines, luminosos, aunque ya había caído la clara noche, y me quedé abstraída algunos minutos, contemplando un carrusel en el que estaban montados varios niños, rodeado de mesas, kioscos y techos coloridos. Desde un árbol cayeron las semillas de algunas flores, y fue cuando él acercó sus manos y me quitó los diminutos pétalos que estaban sobre mis mejillas, con un gesto tan íntimo, que sufrí un nuevo estremecimiento.

“

Pero ya iba siendo  
hora de volver.

”

Me condujo hacia el sector menos transitado, su favorito cuando necesitaba aislarse del mundo, según me explicó en una treta. En un recodo, cruzó mi hombro con su brazo y me preguntó: “¿Cansada?”. Contesté que sí sin saber que esa pregunta y esa respuesta irían a activar resortes ocultos, pues al instante estábamos besándonos y abrazándonos. Besándonos y abrazándonos.

Al caminar, tropezamos una vez y otra. Volvía a abrazarme y quería besarme otra vez. Ponía sus labios que quemaban en los míos, en mis brazos desnudos, el pelo, el cuello, las orejas. Yo me había olvidado de lo que era capaz sobre un hombre y de lo que un hombre podía desatar en mí. Este, a mi lado, tenía la mirada de borracho.

-Paremos, le dije- Necesito sentarme un momento y fumar un cigarrillo.

Eso lo divertió, pero no lo distrajo demasiado de lo que consideraba su cometido: más besos, más caricias, más abrazos.

- Me vuelves loco. Me gustas mucho. Quédate conmigo. Quédate-me decía.

Con el Marlboro blanco recuperé la lucidez, así que le pedí que me llevara de vuelta a la ciudad, donde debía tomar el tren y luego el autobús de regreso. Eran casi las diez de la noche.

Subimos a su pequeño coche, en el que descubrí las manchitas que dejan los pájaros en el parabrisas. Por un instante, me pregunté sobre lo irresponsable que resultaba estar a solas con un hombre del que no sabía ni el apellido en una carretera a miles de kilómetros de mi pequeño país. Tan lejos de todo lo conocido.

Minutos antes, yo había empezado a hablar sin tregua sobre horarios, estaciones, trenes, andenes, y cuando él me explicaba algo, yo repetía convertida en una tonta: “No entiendo nada”, “No te entiendo”, mientras él se burlaba un poco de mí, pero con una risa inofensiva. Tal vez sintió mis temores, porque con el dorso de su mano me rozó la cara y dijo: “No tengas miedo”, “El miedo es horrible”.

Ya en la estación, se encargó de verificar dos veces que ese fuera el tren correcto y que yo sí alcanzaría a tomar el penúltimo autobús hasta Aspach-Rietenau, donde quedaba mi casa de acogida. Me dijo que si algo fallaba, le avisara de inmediato.

Mientras esperábamos que transcurrieran esos últimos cinco minutos de la pareja feliz que fuimos, me hizo propuestas como pasar juntos un fin de semana en el departamento que le prestaría un amigo suyo, que lo visitara en la casa familiar el próximo viernes, que volviéramos a encontrarnos, que fuéramos a la ópera, que lo viera entrenando o pasara por el mercado, "el más bonito de la ciudad", que cenáramos lo que su madre preparara para mí, que me presentaría a sus sobrinas y hermana. Objeté con razones que consideraba de peso, como el pudor, los años de diferencia, la alta probabilidad de que un encuentro entre dos desconocidos no resultara.

Casi me convence Shefket de una recaída en sus brazos al decir que me veía preciosa, que los dos no éramos más que dos guapos hombre y mujer que tal vez no tendrían una segunda oportunidad, y que no importaba ni el país ni la edad ni la religión ni el idioma.

Cuando el tren se detuvo y todas las puertas se abrieron, Shefket se me acercó. Me besó en la mejilla derecha, en la frente, en la otra mejilla y en la boca. Con su lengua, se detuvo un largo rato en la parte más tierna y honda de los labios.

Subí.

Lo vi desde la ventanilla.

Hizo un gesto que quería decir que me llamaría y otro de despedida con su hermosa mano. Miré mi cara reflejada en la ventana, pero no pude descifrar todo lo que me decía. La trenza estaba casi deshecha y descubrí en mi hombro el olor dulzón de Shefket, a quien, por un miedo incalculable, no quise volver a ver.

El móvil secreto del viaje, para cuya consecución tuve que hacer varias concesiones a mis jefes, había sido la posibilidad de un reencuentro con un alemán, el gran amor de mi vida, el hombre por el que había tomado la decisión de divorciarme y quien se había regresado a su país un año atrás, después de nuestra temporada larga como amantes

Tres veces compartimos unas horas, en medio del mayor de los sigilos, en un café de Heidelberg. En sus ojos, volví a atisbar una chispa de alegría, opacada por tics nerviosos. Sonrió con un dejo triste cuando le mostré la foto de Shefket, diciéndole que lo había conocido de casualidad y que nos había hecho una guía por la ciudad.

Durante la jornada de un día ardiente del verano, un auténtico desconocido había cumplido el papel apasionado que le habría correspondido ejecutar a Franz. Le había faltado profundidad y era demasiado joven y simple para mí, pero me dio algo parecido a lo que yo había ido a buscar.